

Profesores, médicos y policías. El monstruo abyecto y la crisis del Régimen Biopolítico en *Patas de perro*, de Carlos Droguett

MARCELO NAVARRO
Universidad Austral de Chile

Resumen

En el presente trabajo se analiza la novela *Patas de Perro* de Carlos Droguett, como una representación de la puesta en crisis de la gestión biopolítica del cuerpo social frente al monstruo abyecto; desde la integración de esta subjetividad anómala de acuerdo a los objetivos y lógicas que erige el cuerpo social, hasta el punto en que este último revoca metarreflexivamente sus principios en favor de la estabilidad y permanencia de su episteme.

Palabras clave: Gestión biopolítica – Cuerpo social – Monstruo abyecto – Ciudad apestada

Abstract

In this paper I analyze the way they are depicted in the novel *Patas de perro* the biopolitics management of the social body in opposition at abject and monstrous body of Bobi, emphasizing in that's narrative turn that determine the relational dynamics between this character and the circumscribing sociocultural space. I also analyze how this latter deals with Bobi, first in full correspondence with the objectives and logic raised by the biopolitical regime, to the extent that revokes metareflexively these principles in favor of the stability and permanence of his episteme.

Key words: Biopolitics management – Social body – Abject monster - Stinking City

Recibido el 12 septiembre 2017 / Aceptado el 21 de diciembre 2017

Introducción

Solo en las afueras de la vida
se puede plantear una pequeña ilusión.
VICENTE HUIDOBRO, *Altazor*.

Bobi está constituido por la mixtura imposible entre dos ámbitos de la realidad claramente diferenciados por los axiomas hermenéuticos con que se erige el marco epistemológico que sustenta los discursos disciplinares: una primera mitad humana, que incluye su rostro, torso, brazos y manos; y, una segunda mitad canina, correspondiente a sus piernas y pies. Dada la peculiaridad de su cuerpo, Bobi pone en crisis el marco epistemológico a través del cual se codifica y produce a los sujetos, poniendo en entredicho, junto a ello, la producción del relato sobre la naturaleza humana. La representación y despliegue del régimen biopolítico se encuentra determinada por estas cualidades del personaje, por lo que la narración que es objeto de este estudio es, sobre todo, el relato de la tensión que Bobi provoca en las instituciones disciplinares, las cuales se encuentran incapacitadas para determinar qué es realmente.

Dado que la anomalía que sirve de núcleo de los conflictos en la trama se sitúa en el cuerpo de este personaje, la expresión de la biopolítica en esta novela consiste en el despliegue del poder disciplinar, es decir, de tecnologías sociopolíticas que, en específico, corresponden a las instituciones y discursos médicos, pedagógicos y legales; dado que son estos los encargados, tanto del disciplinamiento y producción de las subjetividades, como de la codificación de los flujos mutantes, es decir, de aquello que tiende a escapar de la operación infinita de producción de conocimiento y sentido al que se aboca toda sociedad (Deleuze, 2005) y que conlleva, asimismo, a la producción discursiva de ciertos modelos identitarios. Si bien hay una gran variedad de instituciones que aparecen representadas en la novela, me centraré en estas tres ya que a través de estas se despliega la gestión biopolítica del cuerpo social al nivel de los fenómenos corporales.

Ya en el principio de la novela se retrata el primer acercamiento de Bobi a las instituciones disciplinarias: la tarde en que su padre es dado de alta en el hospital, luego de terminar herido en una huelga, los médicos conversan con Bobi y se muestran interesados en

su caso, pasándolo a una sala de primeros auxilios donde lo examinan. Mientras estos lo observan y palpan “donde comenzaba la pelambre, donde comenzaba el perro”, Bobi los mira “ansioso, como expectante, como deseoso de que encontraran algo, algo que le hubiera servido, no para justificarse frente a su padre, ante el mundo y la vida, sino para contestarse esa angustiada pregunta que tenía siempre a flor de labios” (28). La pregunta a la que alude el narrador en esta cita, es planteada por Bobi unas páginas antes de estos acontecimientos y se reitera en diversas ocasiones, formulándose de distintos modos a lo largo de la novela: “¿Qué soy yo?” (27). En este sentido, el sometimiento voluntario de Bobi a la inspección clínica es parte de su búsqueda identitaria, intuyendo que la ontología de lo humano estaría supeditada a los conocimientos que confluyen en esta disciplina particular: si hay alguien que puede saber qué es Bobi, ese solo puede ser un médico. Esta correspondería a la primera y última representación no punitiva de las instituciones disciplinarias en la novela dado que, precisamente, aquí el cuerpo social reconoce el carácter incodificable de esta configuración vital, en el contexto del estrecho marco de inteligibilidad que posee.

Por medio de este primer acercamiento al saber biomédico, es codificada su corporalidad como un agente patógeno que supone un riesgo político para la estabilidad del cuerpo social. Las relaciones y dinámicas entre los personajes y las instituciones descritas desde este punto de la trama, pueden ser caracterizadas y sintetizadas por medio de la idea de la *náusea* de Kristeva (1998): en la repulsión del otro inasimilable, el cuerpo social se eyecta a sí mismo en una negación autoafirmativa que apunta a la preservación del statu quo que sostiene los márgenes ontológicos y conductuales de las subjetividades que son objetos de su saber y de su producción. Por tanto, desde este primer acercamiento, hallamos ante nosotros el relato de la náusea del cuerpo social frente a lo radicalmente “otro”, a lo abyecto, que se opone a la coherencia de su “yo” colectivo. Esta náusea, o bien, la persecución de la cual Bobi es objeto, es posible de dividir en dos etapas simultáneas, cuyo denominador común es la constitución de una protección inmunitaria con respecto a su cuerpo abyecto. En la primera etapa, la integración-codificación preliminar del personaje es puesta a prueba en la escuela, siguiendo la lógica del modelo de la *ciudad apestada* (Foucault, 2000), con el objetivo de inmunizarse preventivamente contra su anomalía. En la segunda, se despliega una respuesta inmunitaria en torno a su figura, una vez este primer proyecto es puesto en

crisis y, más tarde, definitivamente abortado. Estas dos etapas en que divido metodológicamente el análisis de esta novela, serán abordadas en los dos subcapítulos sucesivos.

Sobre la autoafirmación subversiva del monstruo abyecto

Lo que cuenta es la divergencia de series,
el descentramiento de los círculos, el “monstruo”.
GILLES DELEUZE, *Diferencia y repetición*

En esta primera etapa de la novela, Bobi percibe su cuerpo y, más específicamente, a sus piernas y pies, como algo ajeno a sí mismo, es decir, percibe a sus piernas de perro dissociadas del resto de su cuerpo humano en tanto él mismo se reconoce un humano. Por tanto, Bobi percibe y entiende al mundo desde la perspectiva de las personas que lo rodean, desde el marco epistemológico que deroga su propia existencia en el mundo, provocando una profunda crisis identitaria en el personaje. Tomando en consideración la compleja desestabilización política que este personaje introduce, cabe preguntarse sobre las motivaciones que subyacen y justifican esta arriesgada maniobra. En este apartado, analizaré el problema de la integración de Bobi al cuerpo social, hasta el punto en que ambos proyectos son tensionados hasta la crisis: por un lado, Bobi enfrascado en una búsqueda identitaria sin salida; y, por el otro, el cuerpo social, que, siguiendo el modelo de la ciudad apestada, permite la integración de este para salvaguardar los límites de su propia identidad colectiva, sin prever las consecuencias que esto supondrá más adelante.

La pregunta formulada por Bobi “¿Qué soy yo?” posee una especial relevancia, dada su condición de incógnita por resolver. Esta es la pregunta que conforma el horizonte que guía al personaje a lo largo de toda la novela, delatando su proyecto vital. De que sea planteada la cuestión del ser en términos de una incógnita, se deduce que Bobi “no es”, ya que, precisamente “no se sabe lo que es”, sino que está “en proceso de ser”, es decir, de “saberse ser”, de ser un objeto de conocimiento: somos, si y solo si, nuestra identidad se encuentra abierta a un saber, que en el régimen biopolítico es siempre un saber disciplinar. Esta pregunta se formula desde y hacia lo humano; o sea, desde una consciencia que

comprende en los términos de lo humano que, en este caso, corresponde a los términos de lo que se opone a sí mismo. De ahí la escisión de su identidad, manifestada en esta sensación de ajenidad con respecto a sus piernas. Bobi desea ser lo que, de acuerdo a cierto modo de comprender las cosas, se encuentra en una insalvable relación de oposición a sí mismo, que se debe, precisamente, a que su cuerpo no puede ser objeto de conocimiento de lo humano dada la forma en que está constituido este modo de conocer. Bobi, en tanto límite de lo cognoscible, en tanto ser humano más cercano a lo animal, no puede ser un objeto de conocimiento por parte del cuerpo social, puesto que combina dos ámbitos necesariamente divididos, y es esta división la que sostiene el modo en que los humanos se conocen y comprenden a sí mismos. Así, en lugar de hallar este reconocimiento de su “ser” entre los humanos, Bobi tiene que enfrentarse a la categórica clausura de su identidad relegada al lugar de lo abyecto, de lo que no tiene sentido, de lo que constituye una amenaza a neutralizar por su carácter no-humano o, más bien, humano-animal. En un proceso de apropiación de los códigos culturales, Bobi desea integrarse a través de los rituales y prácticas que les dan a estos últimos unidad y cohesión.

Siguiendo el modelo de la *ciudad apestada*, en lugar de repeler los agentes que suponen una amenaza a su estabilidad, el cuerpo social los atrae con el objetivo de producir conocimiento sobre estos, y volverse resistente en su contra. Por esta razón, se integra a Bobi pese al peligro de la desestabilización política que este introduce; tal como el sujeto que deliberadamente se infecta de una enfermedad para, más tarde, poder volverse resistente a ella. De este modo, la integración de Bobi se cumple parcialmente en la medida en que el proceso que experimenta responde a estos criterios. Si el cuerpo social asume el riesgo que supone esta estrategia, es porque requiere inmunizarse contra todas las potenciales anomalías a las que está abierta la vida. Esta inmunización consiste en un contragolpe que impide que otra fuerza se manifieste (lo otro, lo exterior, lo extraño, personificado por Bobi en la novela), no por una ley de “contraposición frontal, sino la del rodeo y la neutralización. El mal debe enfrentarse, pero sin alejarlo de los propios confines. Al contrario, incluyéndolo dentro de estos” (Esposito, 2006: 18). De este modo, si las instituciones disciplinarias logran neutralizar esta particular configuración vital, en el futuro podrán lidiar con esta clase de complejas y amenazantes anomalías.

Entonces, cumpliendo una edad adecuada, Bobi sale del cerrado círculo familiar donde ocupa el lugar de la vergüenza y el oprobio, para integrarse a las dinámicas socioculturales de la población, practicando los ritos que les son requeridos a los demás niños: en específico, ir a la escuela. Si bien la identidad de este personaje se encuentra en un limbo entre su designación humana (Ricardo) y animal (Bobi), la escuela constituye el primer espacio institucional en que este comienza a ser animalizado, abriéndose una zona de excepción en torno a su figura, donde se cancela el estatuto jurídico de Bobi como individuo, emergiendo tan solo como un cuerpo (*nuda vida*) abierto a la destrucción (Agamben, 2005). La deshumanización de su identidad, manifestada en un trato que se asemeja al que se le da a un perro, constituye el paso previo a su exposición deliberada a la muerte: negando su humanidad es posible justificar su asesinato como una estrategia de protección de futura. Esto último se debe a que la exposición a la muerte de lo propiamente humano resulta inaceptable en relación con los imperativos que guían el proceder del régimen biopolítico; por lo que la deshumanización y animalización de Bobi constituyen una estrategia para volver aceptable su condición mixturada y justificar su aprehensión y su potencial muerte, dada la legitimada apertura de una zona de excepción en torno a lo no-humano. En función de la inclusión analítica de los elementos al interior de las fronteras de la ciudad apestada (Foucault 2000) y al imperativo de la codificación de los flujos incodificables que define el quehacer del cuerpo social (Deleuze, 2005); la situación de Bobi, desde esta perspectiva, tiene tan solo dos salidas: la codificación disciplinaria de su corporalidad que se traduce en la asignación de un lugar (institucional) y un epíteto que califica (y produce) su condición monstruosa y patológica, o bien, morir y desaparecer dada su incodificabilidad abyecta.

La violencia de la que Bobi es objeto tiene su punto de tensión más alto durante una fiesta de disfraces en la que participa junto a sus demás compañeros de clase. En lo que aparenta ser la primera y única muestra de deferencia frente a su condición, es subido a una tarima en medio de la fiesta para ser observado por todos. Allí, el profesor Bonilla coge un cuchillo y comienza a intimidarlo en lo que afirma ser la apertura de la kermese, mientras la gente aplaude. Luego Bobi

se asustó porque el profesor lo había cogido furioso por la camisa y, remeciéndolo, lo hizo golpear contra las paredes de vidrio de la vitrina (...), el profesor le dio una bofetada, dos bofetadas, chilló una señora, se alzaron unos aplausos en la primera fila, Bobi se quitó la

máscara llorando y riendo, los aplausos le dieron una bestial confianza, el profesor le arrebató la máscara, la alzó para que la aplaudieran y después se la puso con cuidado, con paternal cuidado, levantó la mano y lo abofeteó y con la otra le lanzó una cuchillada y la máscara saltó como una tapa de resorte y Bobi sintió la sangre que le corría por la mejilla, en ese momento se encendieron las luces y empezó a redoblar el tambor de la orquesta, redoblaba lento y lúgubre, como llamando lentamente la atención, como pidiendo que tuvieran compasión y cuidado, Bobi se agachó un poco y el profesor lo empujó con toda la mano, sonaron hinchados los vidrios y cayó de espaldas y el profesor descendió casi con amorosa suavidad sobre él, [Bobi] sintió el respirar afligido, acobardado, angustiado de su cara, sintió el cuchillo sobre su pierna, metiéndose con precaución y miedo en ella, alzando los pelos, como buscando algo, algo que se le había perdido y no hallaba, Bobi tuvo miedo, verdadero miedo, le extrañaba que ahora no aplaudieran la gente parecía hundida allá lejos, solo el tambor sonaba alrededor del patio, (...) si se va la música, pensó, me van a matar, y miro el rostro del profesor que lo atisbaba y lo trataba de bestia de asesino de monstruo depravado (...) (152-153).

Este acto de crueldad puede ser calificado como un intento frustrado de ejecución pública, en la que uno de los agentes de la institucionalidad biopolítica (un profesor) asume el rol de un verdugo que mata en nombre del cuerpo social y del modo en que este mismo se organiza y construye. En este sentido, la situación descrita por el narrador se asemeja a los “suplicios públicos” que escenificaban las faltas cometidas por el delincuente, en un ritual político por medio del cual se manifestaba el poder del soberano (Foucault, 2003). Esta situación supone una revocación de los principios que sustentan a la *sociedad de normalización* y un forzado retorno a la *sociedad de soberanía* como una estrategia de emergencia para la preservación de la coherencia interna de su “yo” colectivo.

Al respecto, y retornando parcialmente a las preguntas ya formuladas, si en el contexto del régimen biopolítico la institucionalidad disciplinaria o, más específicamente, las tecnologías sociopolíticas de escritura del cuerpo se definen, por antonomasia, como positivas y productivas ¿cómo explicar este acto de violencia que replica los suplicios públicos de la sociedad de soberanía en términos de su escenificación y de su particular crudeza? Primero, es necesario señalar que esta situación, más que cualquier otra en toda la novela, revela la enorme tensión que imprime el cuerpo de Bobi al régimen biopolítico; régimen que, en un intento por deshacerse de él, se repliega a una posición más conservadora, revocando su inicial integración. Esta reacción constituye una réplica por parte del cuerpo social a la operación deconstructiva que ejecuta el cuerpo de Bobi en el funcionamiento de la *máquina antropológica* (Agamben, 2006), es decir, en el conjunto de preceptos dicotómicos (humano/animal y humano/inhumano) que sirven de base para producción

institucional del relato sobre la naturaleza humana. Esta operación, que pone en entredicho el modo en que el ser humano ha construido el discurso de sí mismo, consiste en el descentramiento de los axiomas dicotómicos humano/animal, respecto a los cuales Bobi se sitúa exactamente en la frontera que demarca las distinciones entre ambas nociones, dejándolas, de este modo, inútiles para codificar su lugar en el mundo. En otras palabras, es imposible determinar si Bobi es un humano o un perro, y esta determinación resulta crucial para la estabilidad del cuerpo social, dado su objetivo de codificar preventivamente aquello que se halla dentro de sus márgenes, pero no se encuentra codificado.

El único lugar al que podría pertenecer Bobi en los márgenes geopolíticos de la ciudad apestada, es el del disciplinamiento institucional; sin embargo, su cuerpo no puede ser disciplinado puesto que no se encuentra abierto a este saber. Por esto, es posible caracterizar la posición de Bobi como la de un *monstruo abyecto*, según las propuestas de Foucault (2000) y Kristeva (1998): la mixtura imposible que es su cuerpo, constituye una identidad incodificable que, situada en un entre-dos, corroe los principios hermenéuticos que sustentan la semiosis de la realidad, introduciendo una ruptura epistemológica en el régimen biopolítico, en su modo de conocer y de construir lo humano. Por ende, el cuerpo de Bobi no es dócil, en el sentido foucaultiano del término, sino que más bien es radicalmente subversivo con respecto a este poder. Dada la amenaza de la deconstrucción de los principios que sustentan su quehacer, las instituciones disciplinarias en la novela comienzan a cumplir un rol eminentemente punitivo, de las cuales, la escuela, como vemos, es la primera en actuar. Bobi, por su parte, comprendiendo la complejidad de la situación en que se encuentra y previendo la potencial prontitud de su muerte, responde a esta violencia afirmando su identidad no humana, es decir, su mitad canina.

[Bobi] se puso de pie y tuvo la sensación de que había crecido y de que era más robusto, la sangre que le corría por la cara le daba coraje, tenía la sensación de que la sangre lo estaba mirando, que le decía que si no lo hacía ahora no lo haría nunca, hazlo, hazlo, hazlo, le urgía, ahí está él, y hasta tiene miedo, no lo dejes que se vaya, no lo sueltes, el profesor estaba poniéndose de pie, déjalo que se pare totalmente, déjalo que empiece a respirar, ahora agáchate tú un poco, le dijo la sangre respira respira respira decía él con piedad, como rogando, y se sentía afligido y sentía que estaba pisando sobre un poco de agua (...), se quejó su garganta y avanzó sobre el profesor, echó un sollozo y estuvo pegado a su garganta, sus manos habían crecido, se habían puesto ágiles, nuevas, implacables, se hundían en la carne del profesor (153).

Llamado por esta otra mitad suya, Bobi se lanza, a la manera de un perro furioso, sobre el cuello del profesor, en un gesto que implica un ataque al cuerpo social entero. Dada esta violenta autoafirmación subversiva de su mitad no-humana, Bobi se convierte en un enemigo, por lo que su persecución y la violencia de la que es objeto se incrementan en intensidad y frecuencia a partir de este momento.

Hasta este punto de la trama asistimos a un despliegue positivo de las instituciones disciplinarias que atraen a Bobi con la finalidad de inmunizarse en su contra, intentando producir conocimiento sobre él, a partir del cual, más tarde, terminarán codificándolo como una amenaza, atacándolo físicamente, hiriéndolo con intención asesina. Así, este conflicto finiquita el proceso de inmunización, para dar lugar a una nueva relación entre Bobi y las instituciones marcada por el confinamiento disciplinar. A partir de esta pugna entre el profesor y Bobi, tendrán lugar dos fenómenos que provocarán un cambio en la relación que mantiene este último con las instituciones disciplinarias: primero, el cuerpo social visualiza la imposibilidad de la integración-codificación de Bobi tomando medidas en relación con lo que representa su cuerpo mixturado, lo que se traduce en la sobrecodificación de su identidad y el despliegue punitivo de las instituciones disciplinarias; y, segundo, Bobi responde afirmando subversivamente su identidad no humana, volviéndose, en el mismo movimiento, cada vez más acultural, más perruno.

Confinamiento clínico y judicial del monstruo abyecto o la sobrecodificación de lo incodificable

Una sociedad solo le teme a una cosa: al diluvio.
GILLES DELEUZE, *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*

En esta segunda etapa de la novela, las nuevas motivaciones de Bobi, determinadas por la autoafirmación subversiva de su mitad animal, provocan que la cuestión sobre la incógnita de su identidad desaparezca, y su atención se vuelque en conseguir la aceptación de una jauría de perros. Así, el limbo en que se hallaba su identidad, se resuelve en favor de su mitad

animal, comenzando a desaparecer paulatinamente para emerger en una nueva identidad en la que hasta su designación canina (Bobi) resulta inútil.

Ya descartado el discurso pedagógico como segundo escenario de normalización, se despliega una respuesta inmunitaria que implica un progresivo aumento en los niveles de violencia, ejecutada por medio del poder judicial y una fracción de la institucionalidad médica. El aumento en la intensidad de la violencia se proyecta, fundamentalmente, en la intromisión del poder judicial, representado por dos personajes particularmente amenazantes que constituyen las dos caras en que este se organiza: el Teniente, que se ocupa de la persecución y el confinamiento carcelario de Bobi; y el abogado Gándara quien, ofreciéndoles ayuda judicial, sitia a este y a Carlos en una casa arrendada, evitando que estos se muden de un lugar a otro. Mientras que el primero se concentra en el disciplinamiento correctivo a través de operaciones físicas (golpes, encierros, persecuciones, etc.), el segundo dota a los cuerpos que somete de un discurso de sí por medio de un interrogatorio que concluye con la confesión de la culpa. En términos foucaultianos, Gándara es al Teniente lo que la justicia es a la policía.

Después del altercado con el profesor, Bobi es apresado y puesto a disposición del Teniente, quien queda a cargo de su encarcelamiento y de recibir a Carlos, que acude a la comisaría en su ayuda. Cuando es apresado, la expresión de la autoafirmación de su mitad canina viene acompañada de una actitud de conmiseración con respecto al profesor Bonilla, el Teniente y, por extensión, de todos los agentes de la institucionalidad disciplinaria. De esto podemos inferir que Bobi es capaz de distinguir intuitivamente la violencia subjetiva y objetiva, es decir, por un lado “la violencia que se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia (...) [,] como una perturbación del estado de cosas normal y pacífico” (Zizek, 2009: 10); y, por otro, “la violencia inherente a este estado de cosas normal (...) [la cual es] invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento” (10). En otras palabras, Bobi no culpa ni a sus padres o a sus hermanos, ni al profesor o al Teniente, de la violencia que ha experimentado, pese a que estos sean, efectivamente, quienes lo violentan. Bobi comprende que no es culpa de ninguno de ellos, sino del modo en que estos han aprendido a adoptar esta posición con respecto a lo anormal, siguiendo las directrices determinadas por las lógicas del

régimen biopolítico. Es decir, esta violencia tiene más que ver con el modo en que el cuerpo social se produce y se entiende a sí mismo, que con los roles y características particulares de cada uno de los personajes que lo rodean.

En este encarcelamiento de Bobi y, en específico, durante el primer diálogo que mantienen los personajes, el Teniente realiza una pregunta que da cuenta de la transformación de las dinámicas relacionales entre los personajes y los poderes disciplinares entre sí: “¿Lo ha visto un médico?” (185). Esta corresponde a la primera oportunidad en la novela en que dos instituciones disciplinarias se combinan en un solo ejercicio de normalización. Bobi no está preso tan solo por morder al profesor, sino por atropellar “una ley vital, de orden público y social, una ley de origen y fundamento médicos” (185). Como vemos en esta afirmación del Teniente, los límites entre la institución judicial y médica se desdibujan para dar lugar a lo que aquí se denomina “ley vital”, pero que, en otros términos, podríamos referir como la normatividad ontológica que cada individuo debe seguir para estar en correspondencia con los objetivos dictados por la institucionalidad biopolítica; o, más precisamente, el modo en que es codificada la vida, en particular, y la naturaleza, en general, por las instituciones disciplinarias y, en especial, la institución médica. Este atropello de la *ley vital* por parte de Bobi, dista mucho del atropello perpetrado por los tradicionales parias sociales (locos, homosexuales, enfermos, etc.), puesto que, precisamente, estas subjetividades emergen como efecto del funcionamiento de las instituciones disciplinarias las que, por lo tanto, contemplan un protocolo de actuación para ellas. Bobi, en tanto “accidente de la naturaleza” (18), “regresión de la especie (...), lapsus cerebral de la naturaleza” (276) rebasa cualquier nomenclatura y protocolo predefinido, en razón de lo cual su falta es mucho más grave. La incorregibilidad de Bobi, es decir, el carácter crónico de su “enfermedad”, en lugar de repeler a las instituciones disciplinarias haciendo que estas desistan en sus esfuerzos por confinarlo, las llama del mismo modo en que la incodificabilidad de su cuerpo provoca su propia sobrecodificación. La conjunción entre la medicina y el poder judicial llega a su punto más alto cuando las propias categorías de “enfermedad” y “delincuencia”, pierden su especificidad y pasan a convertirse exactamente en lo mismo, o bien, en modos de designar tan solo formas disímiles de *confinamiento disciplinario*.

El preso está aislado, tampoco puede recibir visitas en nombre de la infección y la alta fiebre, la infección es la legalidad o la ilegalidad, de cualquier modo sirve, y su enfermedad es lenta y larga, muy larga a veces, otras veces mortal, allá matan los médicos, aquí los jueces, los médicos de la ley, los médicos impiden que se extienda la infección poniendo al enfermo en cuarentena, el juez impide que se extienda su infección, la infección de la cual es el jeringuero, matando al enfermo (204).

La infección aludida en estos términos, no es más que la metáfora de la potencial proliferación de una desobediencia política, consistente en la apertura a una disidencia identitaria. Sin embargo, esta situación es prevenida por medio de un protocolo de contención de este agente “infeccioso” que recibe aquí el nombre de *cuarentena*. La categoría de enfermedad y el amplio espectro de nociones en que esta se desglosa, constituye un medio para la individuación y reducción de la anomalía que supone su corporalidad. Por tanto, Bobi es convertido, en términos identitarios, “de un modo implacable y sin entrañas, en esa cosa manejable, reductible, informe, incompleta que es un *enfermo* de la enfermedad que a él le estaban inventando” (205). Respecto a esta situación, Carlos afirma que la enfermedad de Bobi se debe a que es “distinto y eso es lo que ellos no te perdonan, tienen miedo, miedo de perder su propia seguridad, la seguridad que le dan sus miembros conocidos, sus facciones conocidas y cercanas” (240). De estas palabras se deduce que el despliegue de la institucionalidad biopolítica como respuesta inmunitaria se debe a su carácter de objeto incognoscible y a la amenaza que esto supone. En función de su radical diferencia, Bobi es una entidad peligrosa y, por tanto, potencialmente más fuerte que el cuerpo social (258). Es también, al mismo tiempo, un mártir enviado a la sociedad de normalización, para transmitir un mensaje cifrado en su cuerpo: el difícil desafío de la apertura de los rígidos cánones identitarios y ontológicos de lo humano, y de la relación que mantienen estos con lo no-humano, con la vida, con la naturaleza en general. El cuerpo social pretende anular la dimensión subversiva de la empresa política de Bobi, por medio de la codificación de su comportamiento disruptivo y acultural como un cuadro de locura. Así, la macrocategoría de “enfermedad” deviene en un cuadro clínico específico, en función de los cambios actitudinales del personaje: se vincula con el partido comunista, asume conscientemente un rol revolucionario y comienza a acercarse cada vez más a los perros, moviéndose en manada junto a ellos. Al codificar este comportamiento como el de un loco, Bobi es encerrado en un manicomio.

De este modo, Bobi es calificado con una multiplicidad de epítetos: su cuerpo es entendido como la manifestación de una patología crónica indeterminada (1) y su comportamiento disruptivo es considerado delictivo (2) e indicio de locura (3), todo al mismo tiempo. Pese a su incodificabilidad, o bien, a causa de ella, el cuerpo del monstruo abyecto, situado en la ciudad apestada, demanda sobre sí un infinito número de intervenciones disciplinarias, ya que ninguna de ellas es suficiente por sí sola para designar, producir y fijar, de una vez y para siempre, su cuerpo en los confines de la ciudad apestada. La incapacidad de codificar su condición anómala se proyecta en la multiplicidad de epítetos que, al mismo tiempo que califican su comportamiento, producen su identidad o, más bien, una imagen aceptable de esta: la identidad incognoscible del monstruo abyecto es sustituida por otra conformada por los epítetos con que se alude a los parias y se los produce a la vez, predeterminándolos desde el régimen biopolítico. Por tanto, la respuesta inmunitaria viene acompañada de una sobrecodificación disciplinaria de su identidad, en respuesta a la ruptura epistemológica que introduce su cuerpo. En definitiva, puesto que ninguna de las nociones (enfermo, loco, delincuente) con que se lo califica es suficientemente precisa para designar la anomalía que su cuerpo introduce en toda su amplitud y complejidad, *Bobi, el más paria de los parias es, a su vez, el más enfermo de los enfermos*. En otra dimensión, del mismo modo en que no basta con solo argüir que es un enfermo, sino que además está loco y que es un delincuente; tampoco es suficiente confinarlo en una cárcel, sino que también en un hospital, en una institución psiquiátrica y hasta en una perrera. *Desde la perspectiva del cuerpo social, el lugar del confinamiento disciplinario es preferible al no-lugar de lo abyecto*.

A partir de todo esto es posible afirmar que es la propia naturaleza, o más específicamente, la vida, con sus variables, polimorfos e impredecibles fluctuaciones y anomalías, la que pone en entredicho el relato de la naturaleza humana, reduciendo toda esta problemática al binomio naturaleza/cultura, o bien civilización/barbarie. La naturaleza y la vida como sustancia biopolítica o *nuda vida*, constituyen objetos de conocimiento a comprender, a codificar, a colonizar y a sojuzgar en nombre de los principios que dan orden y dominio al cuerpo social. Bobi, con sus patas de perro, con la radical otredad de su cuerpo, puede ser leído hasta como un manifiesto en defensa de lo no cognoscible, de lo que queda

por conocer y de lo que se resiste a ser conocido; como un texto intraducible en cuya clave encriptada radica la fórmula de cómo hacer estallar la ontología de lo humano. El cuerpo social, sus instituciones, la organización biopolítica de las subjetividades sometidas, incapacitadas para determinar lo que este texto significa, imprimen un conjunto de significaciones arbitrarias en torno a su cuerpo con la finalidad de disminuir los potenciales peligros que, intuyen, en él residen. Por tanto, Bobi representa una fluctuación de la vida no prevista por el proyecto civilizatorio, progresista, eugenésico, capitalista y heteropatriarcal de la sociedad de normalización, que se encuentra convencida de la docilidad y cognoscibilidad de los cuerpos. La transparencia como marco de inteligibilidad ontológico. Dada la irreversibilidad de los acontecimientos y la crisis definitiva del proyecto de la integración de Bobi al cuerpo social, en este momento de la trama la relación entre uno y otro es muy tensa: por un lado, Bobi, asumiendo la posición de un mártir (274), pretende que su muerte amplíe los márgenes ontológicos de lo humano, e imprima una tensión que reformule la relación entre dichos márgenes y lo no-humano; mientras que, por otro, el cuerpo social intensifica su persecución, despertando a la policía política y a los servicios sanitarios, que buscan a Bobi junto a las demás instituciones disciplinarias (271). En las últimas páginas de la novela, previo a su desenlace, y, en correspondencia al modelo de la novela polifónica, emerge una voz indeterminada, de una persona desconocida y anónima de la sociedad civil, que emite un juicio sobre los acontecimientos acaecidos.

(...) hasta el padre lo echó de la casa, no por maldad, al fin y al cabo es hijo de él, sino por miedo, por verdadero y auténtico miedo, usía ilustrísima, porque el muchacho es fiero, una pura bestia, su figura no dice lo que es él, hay que verlo cuando está frenético o solitario, ahí por los rincones, ahí por la oscuridad, entonces se le sale el demonio, se le sale el perro rabioso que lleva adentro, por qué no lo matamos señores policías, señor teniente, por qué no lo casamos en el bosque, en el cerro, matarlo para que no mate, no, no sería una crueldad y una barbaridad, es necesario, es completamente necesario, por eso las botas, por eso el revólver, por eso las balas, por eso el yatagán, por eso el sable, por eso los gritos, por eso los estertores ¿o lo declaramos loco? Eso era lo que habían hecho, eso era lo que estaban tratando de hacer (...) (284).

En este fragmento ocurre una invisibilización de su mitad humana y de las cualidades “inherentes” a esta condición (como la capacidad para razonar y de hacer uso de un lenguaje articulado), en contraste con la exaltación de su mitad animal; lo cual decanta en la animalización del personaje y la apertura definitiva de la posibilidad de su asesinato. Estas

ideas, si bien constituyen una reiteración de lo planteado con anterioridad, aquí poseen una particular intensidad al constituir un discurso metareflexivo: el cuerpo social, desde una voz indeterminada, se repliega sobre sí mismo y se interroga críticamente sobre la efectividad del protocolo de actuación desplegado hasta este momento. Para este cuerpo social, dos son las salidas posibles: persistir en el imperativo de la inclusión y análisis de los elementos al interior de la ciudad apestada, o revocar estos principios, matando a Bobi en favor de la estabilidad social y política. En otras palabras, proseguir (“tratar”) con la sobrecodificación de su identidad por medio de la asignación de epítetos que califican y producen su condición anómala (tal como dice el texto “¿o lo declaramos loco?” o bien, enfermo o delincuente); o, matarlo en nombre de la soberanía del régimen biopolítico y el marco epistemológico que sostiene el relato de la naturaleza humana.

El altercado entre el profesor y Bobi analizado en el apartado anterior, es fundamentalmente un exabrupto fruto de un conjunto de factores que favorecieron el desenvolvimiento de los actos en los términos ya discutidos. Sin embargo, en la interrogante “por qué no lo matamos señores policías”, se encuentra presente una premeditación, en la que se plantea la necesidad de evaluar el asesinato de Bobi frente al fracaso del propósito original de las instituciones disciplinarias. Dirigiéndose al poder judicial, entendido como la única institución con la potestad de usar la fuerza y, por tanto, de dar una salida a este conflicto, esta voz plantea, por un lado, el definitivo fracaso de la empresa disciplinaria — dado el carácter incodificable de la identidad de Bobi— y, por otro, la necesaria revocación de los principios que sustentan al régimen biopolítico en favor de la protección del cuerpo social. Desde la perspectiva de las instituciones disciplinarias, ante el fracaso del confinamiento clínico y judicial y el enfoque positivo que las caracteriza y define, sus posibilidades de acción respecto a Bobi se encuentran clausuradas por la propia episteme que sostiene sus actos. Precisamente, el único modo en que puede lidiar con esta situación es dejando de ser lo que son, por lo que matarlo constituye el menor de los males, en tanto supone una estrategia de repliegue y no una reestructuración de las coordenadas que orientan su quehacer. En cambio, desde el punto de vista de Bobi, sus opciones se reducen básicamente a dos: constituirse a sí mismo como un enclave de resistencia móvil, asumiendo el entre-dos de su identidad, en una persecución sin final al interior de los márgenes de la

ciudad apestada o, frente al cierre de todas las salidas humanas, devenir animal, ser la línea de fuga que re-territorializa un nuevo modo de ser, posible únicamente en las antípodas del cuerpo social. En otras palabras, permanecer en el lugar del “otro” o fugarse de esta clausura de su identidad.

Después de un último altercado con una multitud de personas que desean apresarlos y que se resuelve, nuevamente, con su confinamiento y posterior fuga (299-301), Bobi se marcha junto a la jauría en medio de la lluvia que borra sus huellas en la tierra, mientras Carlos, hasta el último momento, espera la llegada del Dr. Van Diest para que los ayude (313-314). Más tarde, Carlos descubre una singular situación: nadie recuerda a Bobi, solo él puede dar pruebas de su existencia; en él y su voz reside el proyecto político al que Bobi dio vida. Pareciera que la enorme tensión a la que es sometida la población y su modelo de organización social, decantase en una amnesia colectiva como un recurso para restablecer los principios derogados y cerrar las brechas abiertas por las complejas interrogantes planteadas por el cuerpo de Bobi.

Conclusiones

La transgresión es desaparecer, encontrar un lugar donde nadie nos vea.

ADAM PHILLIPS, *La caja de Houdini. Sobre el arte de la fuga*

En definitiva, ni el cuerpo social revoca totalmente los principios que lo rigen, ni Bobi logra ser un objeto de conocimiento para aquel. En su lugar emerge tan solo un polimorfo conjunto de protocolos de emergencias, estrategias de contención, violentas tensiones que terminan en fugas... y sin su fuga definitiva al final de la novela, esta situación probablemente se repetiría hasta el infinito. Por esto, es posible afirmar que Bobi y el cuerpo social estaban inmersos de un *bucle* de movimientos de tensión y liberación determinados por los principios y lógicas que los motivaban. Primero, se persigue a Bobi para neutralizarlo por medio de una sobrecodificación disciplinaria y el confinamiento clínico-judicial. Este intento, que se vale de las categorías de enfermedad, locura y delincuencia, resulta inútil frente a la ininteligibilidad de su cuerpo mixturado. Dada esta imposibilidad de disciplinar o de asesinar

a Bobi, es que las instituciones terminan por dejarlo escapar, o bien, Bobi huye con facilidad de los policías, los médicos, hospitales y manicomios, tanto porque estos no oponen una real resistencia, como porque Bobi es ayudado por la jauría de perros. Más tarde, una vez libre, Bobi tensiona al régimen biopolítico, hasta el punto en que debe volver a ser objeto de persecución, pudiendo repetirse este patrón indefinidamente. Los elementos que vuelven inconjugables a ambos cuerpos, y que provocan que se repelan en tanto compartan el mismo espacio geopolítico, son, por parte del cuerpo social, la disposición positiva de disciplinamiento y producción de un saber acerca de las identidades; y, por parte de Bobi, la posesión de un cuerpo incognoscible inmerso en una búsqueda identitaria.

Dispuestas de este modo las relaciones entre los personajes que componen la trama, este relato no debería tener un final o bien, su único final posible sería la revocación parcial de las lógicas que motivan al régimen biopolítico para justificar el asesinato de Bobi. Sin embargo, este último, afirmando su mitad canina, se adelanta a este movimiento y decide darse a la fuga, saliendo de los márgenes que delimitan la ciudad de Santiago. A lo largo de la novela, Bobi se mantuvo todo el tiempo en los márgenes de la ciudad apestada, primero buscando su identidad entre los humanos a la manera de uno de ellos y, más tarde, resistiendo subversivamente sus embates para lograr incidir en la reestructuración de la ontología de lo humano. En otras palabras, sus fines siempre fueron políticos. En caso contrario, hubiera bastado con huir apenas percibió el odio que generaba entre sus propios familiares. Este comportamiento, sin embargo, es en sí mismo una anomalía, en el sentido de que no hay una relación de congruencia (por lo menos explícita) entre los principios políticos enarbolados por Bobi y este abrupto cambio en sus decisiones ya al final de la novela. Pese a esto, en lugar de calificar su huida como una incongruencia, deberíamos decir, más bien, que no es posible visualizar su potencial político, o incluso revolucionario, a la luz de los planteamientos teóricos erigidos a lo largo de esta investigación.

La línea de fuga del personaje, en las páginas finales de la novela, resulta de una importancia radical, dado que nos suministra de una salida a las problemáticas discutidas en este trabajo. El horizonte de Bobi, desde el altercado con el profesor y, en específico, desde la mordida, no es sustraerse en una autocomplaciente conmiseración hacía sí mismo; sino, por el contrario, ser un *revolucionario total*, logrando incidir en la reconfiguración de la

ontología de lo humano por medio del descentramiento de la dicotomía humano/animal. Tomando en consideración este objetivo político que impregna todos sus actos, cabe preguntarse: ¿Huir, fugarse, no es acaso una solución final de los acontecimientos, incongruente con las metas que Bobi se había planteado? ¿No hubiera sido más conveniente quedarse para resistir los embates del régimen biopolítico, aunque ello supusiera su muerte, una muerte, por lo demás, útil a estos fines? Entonces ¿qué circunstancias provocan este cambio en sus objetivos, desde una autoafirmación subversiva y deconstruccionista, a una autoafirmación solipsista y autorrealizativa y, por tanto, egoísta, de sí mismo? O bien, suponiendo que el personaje no desistió jamás en sus intentos por impactar políticamente en su medio ¿en qué medida la fuga es capaz de constituirse como una estrategia de resistencia? Diferenciándose de los segmentos duros y maleables de la experiencia de habitar el cuerpo social como un humano, un loco o un delincuente, la línea de fuga que Bobi emprende, abre su subjetividad a una desterritorialización absoluta, en cuyo movimiento consigue tornarse imperceptible y escapar del territorio familiar y edípico de la cultura, que intenta capturar sus flujos para codificarlos y desactivar su rebeldía. Devenir-animal, para luego devenir-imperceptible, dejar de ser como dirección y destino, es la fórmula con que Bobi finalmente consigue resolver este conflicto.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2006). *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

_____ (2005). *Estado de Excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Deleuze, Gilles (2005). *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.

Droguett, Carlos (1965). *Patatas de Perro*. Santiago: Zig-Zag.

Esposito, Roberto (2006). *Bíos. Biopolítica y Filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.

Foucault, Michel (2000). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2003). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Kristeva, Julia (febrero 1998). “Aproximación a la abyección”. *Revista de occidente*, 110-116.

Zizek, Slavoj (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.